

un retroceso, pues nuestros infantes, tan ágiles como intrépidos y además provistos de un fusil excelente, utilizan las arboledas, las viñas, las más insignificantes depresiones del terreno y hacen expiar al adversario las ventajas debidas á la superioridad de la artillería. Los asaltantes se ven obligados á retirarse nuevamente al río, después de varias tentativas que les han costado muy caras: unos se atrincheran en Werth, adonde amenazan seguirles los zuavos; otros se agazapan en las zanjas que hay á lo largo de la carretera de Haguenau, y en aquellos precarios refugios se sostienen con obstinación inquebrantable, de manera que si bien no logran escalar las alturas, tampoco consiguen los franceses arrojarlos á la orilla izquierda del Sauer.

En el cuartel general de Soult habíase podido percibir el rumor de los combates de la mañana, y poco después el cañoneo de los bávaros, por la parte de Langensouzbach, y el del V.º cuerpo por el lado de Werth. Grande había sido la sorpresa que todo esto allí produjera, pues había el propósito de no librar aquel día batalla alguna; y el príncipe real envió al mayor de Hahnke con una orden para el general de Kirchbach en la que se le mandaba «que no aceptara el combate y que evitara todo aquello que pudiera ser causa de que se reanudara (1).»

El mensaje llegó á su destino en un momento en que la situación de nuestros adversarios era más desfavorable que brillante: en la derecha alemana, los bávaros no habían conseguido salir de la selva de Langensouzbach; y en el centro, el V.º cuerpo, á pesar del gran vigor de la artillería prusiana, se esforzaba en vano por avanzar más allá de Werth. Kirchbach, muy preocupado por los peligros que le amenazaban, acababa de llamar á su derecha al general Hartmann, comandante del II.º cuerpo bávaro, y á su izquierda al general Bose, comandante del XI.º cuerpo, y les había suplicado que le dieran auxilio. En estas circunstancias llegaba la orden del comandante en jefe; pero ¿era acaso posible interrumpir una acción con tanto empeño comenzada? Por tercera vez en aquella jornada se patentizó la extraordinaria iniciativa de los jefes prusianos: á las seis y media el general Walther había ordenado espontáneamente un reconocimiento ofensivo contra las posiciones francesas; á las ocho y media el coronel Van der Esch, con igual espontaneidad, había hecho entrar en acción al V.º cuerpo; y tres horas después, el jefe del V.º cuerpo, el general de Kirchbach, que á pesar de su herida reciente acudió al campo de batalla, había de poner en línea de combate, también por propio impulso, á todo el ejército, tomando en consideración, para obrar así, según se afirma, en primer término las muchas pérdidas que costaría el retirar las tropas ya dispuestas á la pelea, y en segundo lugar que toda retirada tendría visos de fuga y daría al adversario el derecho de llamarse vencedor. El III.º ejército se componía, en su mayor parte, de bávaros, wurtembergueses y badenses y también de alemanes recientemente anexionados: una victoria decisiva consolidaría la unión, al paso que un retroceso podría calificarse fácilmente de derrota y reavivaría las antiguas separaciones. Además la idea domi-

(1) *La guerre franco-allemande*, redactada por la sección histórica del gran Estado mayor prusiano, tomo I, pág. 235.

nante en el Estado mayor prusiano era la de una ofensiva á todo trance, y la impaciencia por obrar inspiraba un apresuramiento febril que sólo más adelante había de moderarse. Impulsado por estas consideraciones é impresionado por estos sentimientos, el general de Kirchbach interpretó las órdenes del príncipe real con una libertad que llegaba hasta la transgresión, y lejos de rehuir la batalla, esperó el resultado de la doble petición que había dirigido á los generales Hartmann y Bose.

El general Hartmann, que había recibido ya de Soult la orden de poner término al combate, al encontrarse con el mensaje de Kirchbach se limitó á suspender la retirada de sus tropas; en cambio el general Bose, que al principio alegara las órdenes que le habían dado, al ver que aquél insistía en su petición respondió con laconismo genuinamente militar «que no dejaría á su colega en situación apurada.»

Y, en efecto, no había de dejar en situación apurada á su colega ni al ejército, ya que al XI.º cuerpo correspondió influir de una manera decisiva en el éxito de la jornada.

Hasta aquel momento, el general Bose no había hecho entrar en combate más que á su vanguardia, es decir, á los 80.º y 87.º regimientos, iniciando dos ataques contra la división Lartigue, pasando el Sauer por Spachbach, y otro atravesando el río por Gunstett; ambos ataques habían sido rechazados, el uno por el 3.º de zuavos y el otro por el 3.º de tiradores, apoyado por el 56.º de línea.

En estas circunstancias llegaba la demanda de Kirchbach, y por consiguiente, como la batalla en vez de cesar había de generalizarse, el V.º cuerpo continuaría sus esfuerzos contra el centro francés, es decir, contra la división Raoult, en tanto que el XI.º reanudaría con mayor violencia sus tentativas contra nuestra derecha, ó sea contra la división Lartigue. Todos habían aprendido los principios de la ciencia militar en la misma fuente; así es que la artillería fué destinada á preparar el ataque del general Bose, como lo había sido para preparar el del general Kirchbach. Doce baterías conducidas á las alturas de Gunstett lanzaron sus proyectiles sobre la Niederwald y sobre las alturas ocupadas por nuestra 4.ª división, y una vez preparado de este modo el terreno, una parte del XI.º cuerpo se dispuso á atacar de frente el ala derecha francesa, mientras otra columna, compuesta del 32.º y del 94.º á las órdenes del general Schkopp, se dirigió al Sur, hacia Durrenbach, á fin de envolver por Morsbronn á las fuerzas de Lartigue. Los oficiales prusianos, de todos los grados de la jerarquía, adivinan aquella táctica que responde á su ímpetu, á su pasión, y presienten que de aquel movimiento envolvente depende todo el éxito de la jornada; y tan bien comprenden esto, que su ardor ahoga en ellos el espíritu de disciplina: un batallón del 32.º de línea, encargado de la custodia de Surburgo, sólo deja allí una compañía, pues las demás siguen al resto del regimiento; y lo propio sucede con el 3.º batallón del 95.º y con los húsares encargados de observar la selva de Haguenau; todos entienden que su puesto está allí donde se decidirá la suerte de la batalla, é interpretando las órdenes recibidas con una independencia incomprensible dentro de nuestras costumbres, se juntan para el gran ataque.

Comenzaba á acentuarse aquella ofensiva cuando entre doce y una del día llegó el príncipe real, quien, al encontrarse con el combate empeñado, no pudo hacer otra cosa que confirmar lo que sin su conocimiento se había decidido y dar órdenes limitadas á regularizar lo que habían preparado sus lugartenientes.

Un triple ataque debía combinarse contra el ejército de Mac-Mahón: en la derecha alemana, el de los bávaros que se pondrían en firme contacto con el V.º cuerpo; en el centro, el del V.º cuerpo que atacaría de frente al centro francés; y en la izquierda el del XI.º cuerpo contra la división Lartigue. En cuanto á los regimientos de reserva, dióseles orden de que se aproximasen al campo de batalla. Formaban aquellos regimientos los bávaros de Von der Than, los wurtembergueses y los badenses; estos últimos no llegaron al campo de batalla y los primeros llegaron de una manera incompleta; pero en cambio los wurtembergueses seguían ya los pasos del XI.º cuerpo. Una hora después una fuerza real, efectiva, de más de 100.000 hombres había de hacer sucumbir bajo el peso de su superioridad á los 40.000 hombres de Mac-Mahón.

En la derecha alemana, el ataque de los bávaros había de ser indeciso, intermitente, y la escasa importancia de las pérdidas indicaría lo poco vigoroso de la lucha; en el centro, la acción del V.º cuerpo debía resumirse en una serie de asaltos furiosos, pero sólo decisivos hacia el final del combate; el papel principal debía desempeñarlo el XI.º cuerpo que había comenzado ya su tarea y que, envolviendo la derecha francesa, había de decidir la victoria.

Desde la cumbre de las colinas, más despejadas en aquel sitio que en el resto de la meseta, veía el general Lartigue cómo de lejos avanzaban hacia él espesas masas que habían de anonadarle. Las tropas que mandaba eran admirables: el 56.º de línea, el 1.º batallón de cazadores de á pie, el 3.º de zuavos y el 3.º de tiradores, regimientos magníficos puestos á prueba en las guerras del segundo imperio y cuya bravura atestiguaban sus águilas condecoradas. Aquellos hombres habían demostrado ya su valor por la mañana á costa de su sangre (sangre nunca más generosamente derramada por la Francia). A retaguardia estaba una brigada de coraceros que muy pronto había de demostrar lo que puede la valentía. Pero la división no se hallaba completa, pues el 87.º de línea se había quedado en Estrasburgo, reduciéndose las fuerzas disponibles á 10 batallones, 9 escuadrones y 3 baterías, ó sea un total de 7 á 8.000 hombres, que tenían que batirse contra todo un cuerpo de ejército.

En tan precaria situación, Lartigue había enviado á Mac-Mahón á su jefe de Estado mayor, el coronel d'Andigné. El comandante en jefe habíase instalado al Este de Elsasshausen, en una colina en cuya cumbre se alzaba un viejo nogal que todavía se conoce en el país con el nombre de «el nogal de Mac-Mahón», y desde allí podía observar todo el campo de batalla, exceptuando su derecha que en parte le ocultaban los bosques. Sin contar el de los bávaros, que inspiraba poco cuidado, acentuábase dos grandes ataques, el del V.º cuerpo y sobre todo el del XI.º. ¿Era preciso ceder ante la superioridad decididamente aplastante del número? La idea de una retirada cruzó, según parece, en aquel instante por la mente del mariscal. Avanzaba el día, y Mac-Mahón no recibía no-

ticias de Faily, de modo que en segunda línea sólo podía disponer de la división Conseil, ya en parte empeñada en el combate, y de la división Pellé, que aún no se había repuesto del duro golpe de Wissemburgo. Las circunstancias permitían una retirada honrosa por haber sido rechazados todos los ataques parciales, tanto más cuanto que los cuerpos V.º y XI.º, separados por la espesa selva de Niederwald, habían de tardar todavía algún tiempo en unir su acción. Pero el mariscal, á pesar de que hasta entonces había esperado en vano, no dudaba, no quería dudar, mejor dicho, de que la división Lespart habría oído en la carretera de Bitche el cañoneo de Froeschwiller y se apresuraría á comparecer en el lugar de la acción; y confiado en sus tropas lisonjeábase de poder conservar sus posiciones y aun consideraba que esta defensa tendría ciertos visos de victoria. En esto había llegado el coronel d'Andigné, portador de graves noticias: el combate de artillería habíase hecho imposible; grandes masas de infantería se preparaban para el ataque; y los movimientos que se distinguían á gran distancia indicaban el propósito de envolvernos. A la petición de socorro, Mac-Mahón había contestado recomendando que se opusiera una firme resistencia y se economizaran las municiones, y añadiendo luego que la brigada de coraceros Michel estaba á la disposición del general Lartigue.

El coronel d'Andigné volvióse con esta respuesta que nada remediaba, y en el entretanto, el enemigo se acercaba y amenazaba á la vez de frente y de flanco á la desgraciada división; en el frente, los zuavos y los turcos disputaron palmo á palmo el lindero de la Niederwald y las laderas de las colinas fronterizas á Gunstett; pero el que inspiraba mayores inquietudes era el ataque de flanco.

Al otro lado del Sauer aparecen cada vez más distintamente las columnas del general Schkopp, es decir, el 32.º y el 94.º. Cuando las tropas prusianas tratan de pasar, entre Gunstett y Durrenbach, el puente del río, nuestra artillería intenta contenerlas, pero la distancia hace ineficaces los disparos. Desde el campanario de Morsbronn se distinguen todos los movimientos y se ve claramente la intención del enemigo, que se propone envolvernos. Un nuevo emisario, el comandante Warnet, es enviado á Mac-Mahón; pero éste, en aquel momento, tiene puesta toda su atención en su centro que se defiende penosamente de los ataques del V.º cuerpo y que, lejos de poder desprenderse de ningún destacamento, pide socorros á toda costa. A falta de refuerzos, el mariscal envía á Lartigue una preciosa esperanza, la de la próxima llegada de la división Lespart, y el comandante Warnet regresa á la 4.ª división y propala por todas partes la buena nueva. Mas la esperanza es lejana y en cambio el peligro crece por instantes: los prusianos penetran en Morsbronn, que ha sido evacuada: el 56.º de línea, enviado á nuestra extrema derecha, trata de contener al enemigo, pero en la lucha caen cubiertos de heridas su coronel y su teniente coronel y muerto uno de los jefes de batallón. Y mientras progresa de esta suerte el ataque de flanco, gana también terreno el ataque de frente, cayendo entonces en poder de los asaltantes el *Albrechtshäuserhof*, pequeño grupo de edificios situado al Sur del Niederwald.

En tan crítica situación, Lartigue busca por todas

partes una fuerza de que echar mano para contener el movimiento envolvente, y acordándose de que el mariscal ha puesto á su disposición la brigada de caballería Michel, envía al coronel d'Andigné al general de división Duhesme, que manda la caballería del 1.º cuerpo, y le pide uno de sus regimientos de coraceros. El general Duhesme estaba en cama gravemente enfermo; la petición que le hacían le espantó, y habiendo indicado al coronel d'Andigné que se acercara á su lecho, le dijo: «En nombre del cielo decid al general Lartigue que comete una locura y que hará destruir inútilmente á mis coraceros.—Mi general, replicó aquél, no hay otro medio de salvar los restos de la división.» Y con cierta vacilación añadió: «¿Puede la caballería, sin deshonorarse, ser testigo impasible de tamaño desastre?» Al oír esto, el general Duhesme, comprendiendo lo horrible de la situación, no se resistió más, y con acento embargado por la emoción y los ojos llenos de lágrimas, pronunció estas solas palabras: «¡Pobres coraceros míos, pobres coraceros míos!» Y silenciosamente oprimió la mano del coronel d'Andigné.

Aun cuando Lartigue había pedido un solo regimiento, los dos de la brigada, el 8.º y el 9.º de coraceros, se apercibieron al combate; quedaban todavía disponibles dos escuadrones del 6.º de lanceros, y uno de sus capitanes, dirigiéndose á sus soldados y desenvainando el sable, les dijo: «No vamos á dejar solos á nuestros compañeros los coraceros.» palabras que arrastraron á toda aquella gente. Aquella caballería, que componía un total de nueve escuadrones, formóse en dos líneas en el valle del Eberbach, situándose en la primera el 8.º de coraceros y en la segunda el 9.º y los lanceros. El general Lartigue indicó como objetivo de la carga el cuerpo del general Schkopp, que comenzaba á salir de Morsbronn. Aunque los acontecimientos de la jornada hacían verosímil una intervención de la caballería, no se había reconocido el terreno, de modo que habían de faltar todos los elementos, salvo el heroísmo. El terreno era en extremo desfavorable, pues estaba lleno de árboles de ramas muy bajas, de zanjas y de troncos cortados á flor de tierra. El 8.º de coraceros se forma al abrigo del barranco, mas apenas ha remontado las pendientes del Eberbach vese acribillado por el fuego de los infantes enemigos, escondidos en las viñas, en los huertos y en los plantíos de lúpulo. A pesar de las balas, la carga prosigue y como un torrente cae sobre Morsbronn; en el momento de entrar en la población, el regimiento se divide, y mientras unas fracciones se lanzan á derecha é izquierda sobre la infantería, la mayor parte penetra en la larga y estrecha calle de la aldea. Las casas de ésta están ocupadas y desde las ventanas y los tejados los asaltantes son fusilados á quema ropa; al extremo de la calle se ha improvisado una barricada y los infelices jinetes, detenidos en su carrera, retroceden abriéndose paso por entre los caballos muertos y los cuerpos de sus compañeros heridos. El fuego de las ventanas no cesa, y las balas, según frase de un testigo ocular, resuenan sobre las corazas como el granizo sobre los cristales en tiempo de tempestad. Los que logran escapar se reorganizan y tratan de volver á la carga; pero los jinetes caen alcanzados por los proyectiles y los caballos ruedan por las zanjas ó tropiezan con los alambres de los plantíos de lúpulo. De pronto, topan

con un destacamento de húsares prusianos que hacen fuego sobre ellos, pero que, intimidados por aquellos restos arrogantes, no se atreven á atacar á aquella valerosa fuerza ni aun estando, como está, diezmada (1). Los coraceros del 9.º regimiento y los lanceros han seguido á sus compañeros del 8.º, mostrando igual heroísmo y sufriendo igual suerte que éstos: también ellos penetran en la calle de Morsbronn, se arremolinan dentro de la aldea y no pueden salir de ella, quedando todos en poder del enemigo. Los nueve escuadrones habían perdido entre muertos, heridos, prisioneros y desaparecidos, cerca de ochocientos hombres (2); treinta y siete oficiales habían sido muertos ó heridos. Un cuarto de hora después, veíanse en la llanura ó en las laderas de las colinas algunos grupos de coraceros ó de lanceros extraviados, caminando al azar por los límites extremos del campo de batalla y tratando de regresar á nuestras líneas aunque fuese á costa de largos rodeos: eran los restos de aquellos á quienes una tradición, que perdurará mientras Francia exista, honrará con el nombre de coraceros de Reichshoffen, ó con el más exacto de coraceros de Morsbronn.

El sacrificio había sido inútil, y aunque la infantería de la división Lartigue consigue recuperar el *Albrechtshäuserhof*, éste es su último éxito, porque la artillería nos anonada, y además de Gunstett salen tropas frescas que nos arrebatan la frágil conquista, al mismo tiempo que el general Schkopp, avanzando al Noroeste de Morsbronn, prosigue el movimiento que ha de envolver nuestras posiciones.

No había salvación posible para el ala derecha francesa. En la Niederwald se libran todavía una serie de combates parciales; luchan allí, defendiendo el terreno palmo á palmo, los zuavos del 3.º regimiento que, obligados á retroceder ante el empuje de las columnas prusianas, aprovechan todos los accidentes del suelo para prolongar su resistencia. No es aquella una acción de conjunto, ni hay allí una dirección general; son simplemente grupos de soldados reunidos en torno de sus oficiales y que no se resignan con la derrota mientras les quede un cartucho. El libro de oro de su regimiento registrará más adelante el nombre de los muertos, aunque más corto sería decir los de los sobrevivientes que enumerar los de los que sucumbieron. El coronel Boucher, digno jefe de tan valientes soldados, tiene prisa por abreviar el sacrificio, y por orden suya, un capitán, acompañado de un corneta, recorre todo el lindero Oeste de la Niederwald y manda tocar retirada; entonces salen de la selva algunos oficiales, casi todos heridos, y luego varios soldados, que van llegando uno á uno ó por pequeños grupos. Muchos, sin embargo, no se presentan, ya porque no han oído los toques de corneta ó porque están ya cercados por el enemigo. Largo tiempo lucharon todavía en el bosque, pereciendo en su mayoría; los demás cayeron en poder de los alemanes, y por ellos supiéronse, durante los días de su cautiverio, los últimos detalles de la heroica lucha.

Mientras terminaban estos combates, los restos de la división Lartigue se replegaban al otro lado del Eberbach. La depresión de los ánimos fué proporcionada á

(1) *Revue de Cavalerie*, 1887, tomo V, pág. 478.

(2) Relato acerca de la 1.ª división de caballería del 1.º cuerpo en la jornada del 6 de agosto.

los prodigiosos esfuerzos realizados desde por la mañana, y ya entonces pudieron observarse en algunos batallones los primeros síntomas de la desmoralización que tantos progresos debía hacer en los días siguientes. Lo único que preocupaba á aquellas tropas era el evitar que el enemigo las envolviese; para esto retrocedieron hacia Schirlenhof y de allí hacia Reichshoffen, en tanto que los prusianos aparecían por el lindero Norte de la Niederwald. Desde aquel momento, el XI.º cuerpo, después de haber arrollado la derecha francesa, podía avanzar sobre Elsasshausen y, uniéndose al V.º, forzar el centro de nuestra posición.

## XII

En efecto, al centro de la línea de batalla debemos trasladarnos ahora. La lucha comenzada por la mañana entre el V.º cuerpo y la división Raoult para la toma de la meseta, había continuado á derecha é izquierda de la carretera que sube de Werth á Froeschwiller, y aunque el combate estuvo mucho tiempo indeciso, no dejó de ser provechoso á los alemanes, porque el V.º cuerpo, teniendo como tenía entretenidas todas las tropas francesas, impedía á Mac-Mahón socorrer á la división, y ya con esto solo contribuyó gloriosamente á la victoria. Kirchbach, en tanto, observaba atentamente desde las alturas de Diffenbach los progresos del XI.º cuerpo, y al saber que los soldados del general Bose ocupaban Morsbronn y que acababan de apoderarse del *Albrechtshäuserhof*, había juzgado que ninguna prudencia le obligaba ya á economizar sus reservas, y había ordenado á toda prisa que acudieran á la orilla derecha del Sauer todos los destacamentos intactos, realizando entonces un nuevo esfuerzo, más formidable que los anteriores, para apoderarse de la meseta. Los prusianos, aunque fueron rechazados en varios puntos, consiguieron una doble ventaja, pues por un lado ocuparon una de las crestas fronterizas de Froeschwiller y por el otro se instalaron al Sudoeste de Werth, en una colina denominada colina del Calvario.

Desde el observatorio que al comenzar la batalla había escogido entre Elsasshausen y Werth, podía ver Mac-Mahón cómo eran cada vez mayores los peligros: no tenía noticia alguna del cuerpo de Faily; presentía, sin todavía conocerlo, el desastre de la división Lartigue, y observaba que el V.º cuerpo ganaba terreno. Si al mismo tiempo que eran arrollados en su derecha veían roto su centro, la derrota de los franceses había de ser irreparable. El mariscal, confiando en sus valientes tropas, intentó, por medio de vigorosos contraataques, librarse de las acometidas del V.º cuerpo.

La división Raoult peleaba desde la mañana; en cambio, la división Conseil-Dumesnil había hasta entonces sufrido muy poco, y uno de sus regimientos, el 3.º de línea, se había quedado de reserva al Sudoeste de Elsasshausen. Mac-Mahón le hace entrar en combate y ordena al coronel Champión, jefe interino de la brigada, que recupere el Calvario. Por el camino recogen aquellas tropas algunos destacamentos del 21.º de línea y del 2.º de zuavos; los soldados dejan las mochilas en el suelo; suena el toque de carga, y el coronel, espada en mano, arrastra en pos de sí al regimiento, que se lanza valientemente al asalto, despreciando la lluvia de

proyectiles que sobre él cae, y con su impetuosidad hace retroceder al enemigo. Los prusianos, arrojados del Calvario, se reorganizan en las viñas y en los huertos, intentan recobrar las alturas y son nuevamente rechazados, pero lo que no ha podido lograr la infantería, la artillería lo consigue, haciendo converger sobre la meseta el fuego de varias baterías. Nuestros soldados no tienen segunda línea que apoye á los que ceden; el coronel Champión recibe tres heridas y cae desplomado, y el Calvario, barrido por las bombas, queda definitivamente en poder de los alemanes.

Mac-Mahón, obstinado en su confianza, ordena un segundo contraataque dirigido contra las alturas que



El general Bose

ascienden directamente hacia Froeschwiller, confiando el mando de la columna al general Maire, comandante de la segunda brigada de la división Conseil. El general reúne sus dos regimientos, el 47.º y el 99.º, y los franceses, con admirable energía, arrojan al enemigo sucesivamente de sus posiciones y le obligan á bajar las vertientes de las colinas. De nuevo, y por última vez, llegan los nuestros hasta las casas de Werth, en donde se han trabado los primeros combates de la jornada; las pérdidas son terribles; el general Maire ha muerto y varios oficiales superiores han sido heridos. Mas, á pesar de tantos sacrificios, el resultado definitivo es el mismo que en el Calvario: cuando nuestra infantería ha arrojado hasta el valle á la infantería prusiana, la artillería repara el pasajero fracaso; las baterías de la orilla izquierda del Sauer hacen fuego, y bajo aquella lluvia de proyectiles, nuestros soldados no tienen más remedio que retirarse.

Son las dos y media. Los prusianos, aunque lentamente y á costa de muchos esfuerzos, se consolidan en las alturas, y en vano intentan los nuestros un tercer contraataque con el 36.º de línea. Las noticias que incesantemente llegan no dejan duda alguna del completo desastre de la división Lartigue, y Mac-Mahón se ve obligado á abandonar la pequeña eminencia en que ha permanecido desde por la mañana y á retirarse á Elsasshausen. La realidad, hasta entonces un poco velada, aparece en todo su horror: en la meseta, en donde se defiende en espacio cada vez más reducido, el ejér-